

GABRIEL DE ARMAS

POR QUÉ VOLVEMOS
A
DONOSO CORTÉS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1956



El Jurado nombrado por la Excm. Diputación Provincial de Badajoz, para discernir los premios a los mejores artículos publicados en la Prensa nacional sobre Donoso Cortés, con ocasión del Centenario de su muerte, acordó por unanimidad conceder el PRIMER PREMIO, dotado con cinco mil pesetas, a este trabajo, «Por qué volvemos a Donoso Cortés», inserto en el periódico «Falange» de Las Palmas de Gran Canaria, el 24 de febrero de 1954.

El fallo del jurado se hizo público en 5 de febrero de 1956.

FONDO
José Miguel
Alzola

A José Manuel Alzola
Rojas

POR QUÉ VOLVEMOS A DONOSO CORTÉS

-780670-

GABRIEL DE ARMAS

POR QUÉ VOLVEMOS
A
DONOSO CORTÉS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
1956

*A la memoria de mi padre,
monárquico leal, de quien aprendí
el amor al orden y el aborreci-
miento de la injusticia.*

PROLOGO

Entre cuantos en estos años de crisis han vuelto la mirada a la contemplación del pensamiento donosiano, pocos han poseído como Gabriel de Armas la envidiable cualidad de la penetración. Donoso, que fué todo pasión estremecida, necesita ser captado intuitivamente antes de sufrir el seco acero de las críticas analizadoras. Antipatía o simpatía, tanto da; pero el varón de las tremendas panorámicas precisa ser intuído antes de estudiado.

Gabriel de Armas porta en sí la gracia de la comprensión de Donoso y ahí, están para probarlo los libros y estudios que le lleva consagrados; no a la exégesis, que eso fuera muy leve, sino a valorar de una vez y por entero el riquísimo caudal de aquel que supo presente y porvenir.

Como Donoso advinó el futuro, Gabriel de Armas intuye la estructura medular del pensamiento do-

nosiano, sin duda mejor que todos los demás especialistas de hoy. Las ideas van del extremeño al inquiridor canario con la misma lógica viva con que salta de polo a polo la chispa fecunda que da lumbres y da fuego. Los años, el siglo mejor, que les separa en tiempo aureola de contraposición los dos polos subjetivos, haciendo posible esta luminosa claridad que nos deslumbra en la identificación entre ambos. Pocas veces estudiado y estudioso han estado tan compenetrados por la más natural de las sagacidades.

El estudio que sigue demuestra esta verdad de modo irrefutable. La razón de ser de la posturas donosianas, su prodigioso don de profecías políticas, la dureza de sus choques con el ambiente hostil que le circunda, son puntos que Gabriel de Armas deja completamente esclarecidos.

Claro es que no hay espacio —y bien es de lamentar— para que Gabriel de Armas nos aclare el punto para mi clave de la intelección de Donoso Cortés: su actitud cara a Europa. Donoso y Balmes alcanzan resonancia universal al correr el siglo XIX porque en ellos coinciden dos cualidades exclusivas: tempero tradicional hispano y escenario europeo. Muchos hubo que gozaron separadas esas cualidades, los carlistas aquella, los Krausistas y los liberales ésta; pero ellos dos fueron únicos en el privilegio de poder manifestar ante Europa la esencia de las Españas tradicionales.

Si el carlismo quedó en interna llamada fue porque a la bondad insuperada de sus doctrinas faltó

la repercusión más allá de las fronteras. Si el krausismo la tuvo o el liberalismo en sus varias maneras era eco de Europa, los de Europa les despreciaron como a copistas faltos de originalidad. Balmes y Donoso, tradicionalistas de las Españas, fueron en cambio dos españoles cuya voz resonó en Europa.

De ahí el efecto que causaron, ante todo por su originalidad hispana, porque adoptaban ante los temas candentes soluciones a rajatabla, tajantes y sin compromisos. Y más Donoso Cortés, el áureo enamorado de los apasionamientos, ardoroso y combatiente que nunca conoció otra morada intelectual que la trincheira. Mejor que nadie Gabriel de Armas podría, tocando este problema, aclararnos por qué al leer los roces de Donoso con los europeos coetáneos, nos queda dentro la impresión del corcel fogoso que ha entrado a galopar en una cacharrería.

Yo quisiera cerrar estas líneas pronto, para lo antes posible dejar gozar al lector la nueva lección magistral que Gabriel de Armas nos brinda en las páginas que siguen; y quisiera cerrarlas pidiendo a este maestro de donosianos proyecte sus saberes al tema de la posición de Donoso cara a Europa.

Sevilla y Enero de 1956.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

I

Evidentemente retorna hoy a un primer plano de actualidad, en la esfera intelectual, la figura de Donoso Cortés. Mas al emplear el verbo retornar como índice del gran predicamento que goza en nuestros días la doctrina del pensador extremeño, damos a entender, bien a las claras, que el nombre de Donoso sufrió un eclipse temporal, episódico, circunstancial, que ha sido superado. Y naturalmente, al plantearnos ahora las causas de esta nueva recepción donosiana, se nos antoja más ajustado a sistema, comenzar por el análisis de los motivos que dieron lugar a su olvido.

Se ha ocupado, entre otros, del silenciado Donoso Cortés, el doctrinario alemán Carl Schmitt. En su obra «Interpretación europea de Donoso Cortés» (1), señala este brillante jurista hasta cinco circuns-

(1) Carl Schmitt: «INTERPRETACION EUROPEA DE DONOSO CORTES». Ediciones Rial p.ª, Madrid, 1952.

tancias, a las que atribuye la quiebra de la fama póstuma del diplomático español. También Francisco Javier de Silió esboza tímidamente algunas razones en su artículo «Donoso Cortés en su tiempo y en el nuestro» publicado en la revista «Arbor» (2)

II

Comienza Carl Schmitt aduciendo, como primer elemento causativo de este olvido, el estilo literario de nuestro Valdegamas. Pero atribuir a esa nimiedad la magnitud de tal omisión, como dice García Escudero en su bien centrado artículo «La fama de Donoso» publicado en «Índice» (3), es excesivo. La realidad indiscutible es que Donoso, pese a su estilo barroco lleno de impresionantes imágenes, alcanzó fama europea, como ningún otro español de su tiempo. Y quizá uno de los factores de su aureola fuera el estilo mismo. ¿Por qué, pues, lo que en vida abri-llantó su nombre iba a ser, precisamente después de muerto, origen de su demérito?

Tampoco el carácter teologizante de su obra, por el hecho de serlo, me parece una poderosa razón que

(2) Francisco Javier de Silió: «DONOSO CORTES EN SU TIEMPO Y EN EL NUESTRO». «Arbor»; Septiembre-Octubre de 1950.

(3) García Escudero: «LA FAMA DE DONOSO». «Índice»; Madrid, 30 de Junio de 1953.

nos explique satisfactoriamente el hecho de su inadvertencia durante varios lustros. El ataque de Gaduel al «Ensayo», que Schmitt considera una certera puñalada contra el buen nombre de Donoso, no pudo menoscabar un ápice la admiración que Valdegamas despertó en toda Europa. En primer lugar, Gaduel era un elérigo francés completamente grís, desconocido, a quién jamás se dió la menor importarcia. En segundo lugar, aquel ataque brutal, desenfocado y pasional, no hizo más que abrillantar el honor y la gloria del vapuleado. Baste recordar la defensa, por tantos conceptos magnífica, que del «Ensayo» hizo la «Civiltá Cattólica». En un editorial, atribuido al gran teólogo Taparelli, posiblemente el de más campanillas de entonces, se dice del libro de Donoso, entre otras alabanzas: «en él no se sabe que admirar más, si la gran elocuencia del estilo, lo ordenado de sus varias materias, la lucidez y sublimidad de los pensamientos o el vigor de la argumentación, la vivacidad de la polémica, la profundidad de la doctrina, la pureza de la fe, la nobleza, en fin de afectos siempre elevados, generosos, exquisitamente católicos, prenda esencial de aquella nación española, de la cual es el Sr. Donoso tan espléndido ornamento» (4)

Fácil. es de ver que esta cálida defensa del órgano oficioso de la Sede Apostólica, unida a la car-

(4) Ortí y Lara: «OBRAS DE DONOSO CORTES». Tomo I; pág. 393.

ta de puño y letra del Pontífice Pío IX que Donoso recibió, en la que el Papa manifiesta que «ha querido darle la enhorabuena» por el «eximio estudio que consagra en honor de la Religión», hubo de disipar, para siempre, las turbias nieblas que Gaduel, llevado de su resentimiento, vomitó contra el diplomático español, en forma de acre censura.

No nos parece suficiente quid para explicar el olvido de Donoso el tercero que Schmitt señala: el desprecio que el autor del «Ensayo» siente por el hombre en el contenido de sus razonamientos. Porque Donoso sólo desprecia al hombre lleno de eficiencia, soberbio, que con la única fuerza de la razón pretende explicarlo todo, abominando de cuanto tenga carácter suprarrazional. Pero al hombre sobrenaturalizado, humilde, que vive en la tierra sostenido por la fe y llega hasta el cielo en alas de la esperanza, le encumbra y le hace descansar sobre un pedestal de gloria. No declinó la fama de Donoso por su desprecio al hombre. Fué el hombre, el hombre de la segunda mitad del siglo XIX, con su empirismo malsano, como luego diremos, quien despreció la celebridad de Donoso. No por otro móvil que su ardiente espiritualidad.

¿Pudo influir peyorativamente, según cree Carl Schmitt, en la fama de Donoso como sociólogo el hecho de que se dirigiera contra Proudhon y no contra Carlos Marx?. Sobre este problema concreto hemos hablado ya en nuestra reciente obra «Donoso

Cortés. Su sentido trascendente de la vida» (5). Nos limitaremos a decir aquí cuanto allí expusimos. No hay que olvidar que Proudhon era entonces el escritor más docto de la izquierda. La proa más avanzada del socialismo ateo. Y contra él la emprende Donoso, en consecuencia. Marx no tiene aún publicada su obra «El Capital», en la que expone las bases metafísicas y los principios económicos de su sistema. Publicará el primer tomo en 1867 y el segundo y tercero en 1894. Sus principios económicos, científicamente considerados, han caído, para siempre en el máximo desprestigio. En cuanto a sus postulados metafísicos nacieron, sin embargo, carentes de originalidad. Proudhon les había dado calor años antes y Donoso los había pulverizado doctrinalmente con su palabra de fuego antiproudhoniana.

Que constituya, como afirma Schmitt, un elemento genético del olvido de Valdegamas la circunstancia de que ya éste no formula una filosofía política de la Restauración, sino una Dictadura, es totalmente equívoco. Donoso jamás propugnó una dictadura radical, que ni razona, ni se justifica. A este propósito remitimos al lector a la magnífica Carta-prólogo que Eugenio Vegas escribió para nuestro estudio «La esencia de la libertad y los caminos de la represión,

(5) Gabriel de Armas: «DONOSO CORTÉS, SU SENTIDO TRASCENDENTE DE LA VIDA». Ediciones Cálamo, Madrid, 1953.

según Donoso Cortés» (6). En ella demuestra, con claridad y precisión de maestro, que Donoso no concibe la Dictadura como la forma de gobierno ideal, sino como un régimen excepcional admisible en determinados casos y circunstancias y tan sólo mientras éstas duren.

De otra parte, si por Restauración hemos de entender, como dice Kolnai (7), una vuelta en sí a la civilización, a sus principios, a su fe, a sus valores y a sus rasgos estructurales y distintivos, no se explica uno, cómo puede afirmarse que Donoso ya no formula una teoría restauradora, sino puramente dictatorial.

Si toda la obra de Donoso es un suspirar ansioso por la Restauración...

Restauración del hombre caído y levantado a Dios por la gracia santificadora. Restauración de la familia en sus genuinas bases trascendentes. Restauración de la sociedad amenazada de muerte por las fuerzas disolventes en auge. Restauración de la vida política dentro del cauce tradicional, a base de ensamblaje metafísico y teológico.

(6) Gabriel de Armas: «LA ESENCIA DE LA LIBERTAD Y LOS DE LA REPRESION SEGUN DONOSO CORTES». Las Palmas de Gran Canaria 1952.

(7) Aurele Kolnai: «REVOLUCIÓN Y RESTAURACION». «Árbor» n.º 85 de Enero de 1953.

III

Por su parte, Francisco Javier de Silió, en el artículo anteriormente aludido, encuentra el origen del olvido de Donoso, en las tres razones siguientes: primera, la falta de penetración de sus editores y comentaristas, que lo presentaron como hombre de partido; segunda, la aparente circunstancialidad y carencia de sistema en sus obras; tercera, el espíritu burgués de fin de siglo.

Todos estos motivos que a mí se me figuran pueriles, pueden ser concausas pero no la causa fundamental, eficiente, del fenómeno que venimos analizando.

IV

Pues bien; desechados por falaces todos estos factores con los que se pretende explicar la relegación que sufrió la aureola de Donoso, veamos cuál fué, para nosotros, el verdadero por qué de ese acacer: su etiología.

Ya lo dejamos apuntado en un trabajo que, con el título «Donoso Cortés, hombre de toga», publica-

mos en la revista «Astrea», con fecha 3 de mayo de 1953 (8).

Es indiscutible, y así lo afirma Beneyto, que la historia de las ideas políticas durante el siglo XIX está caracterizada por una actitud combativa (9). De un lado, avanza la Revolución. De otro, la Tradición monárquica apenas se bate en retirada. Así las cosas, al clarear la segunda mitad del siglo XIX, una nueva filosofía irrumpe en la vida cultural, desarticulando las bases metafísicas del orden constituido, para sólo dejar paso libre a la experiencia. El positivismo se propone cambiar radicalmente los criterios existentes, con una exaltación brutal de la razón y de la ciencia. De ésta se espera que logre «restaurar aquella unidad espiritual realizada en el medioevo sobre la base de la religión y rota por la crítica del pensamiento moderno», según frase de Sciacca en su «Historia de la Filosofía» (10).

El único criterio de verdad es, para la filosofía positivista, la experiencia. Descartada por Augusto Comte y sus secuaces los dos estadios —teológico y metafísico— precursores de la era positivista, representada por las fuerzas industriales y económicas en

(8) Gabriel de Armas: «DONOSO CORTES, HOMBRE DE TOGA», «Astrea», n.º 39 de 1953.

(9) Juan Beneyto: «HISTORIA DE LAS IDEAS POLITICAS». Madrid, 1948, pág. 361.

(10) Federico Sciacca: «HISTORIA DE LA FILOSOFIA». Barcelona, 1950; pág. 369.

plena floración, el mundo del pensamiento periclita. Es lógico que al resquebrajarse todo un sistema ideológico, no fuese a quedar en pie aquel que con mayor entereza lo sostenía. Entre los escombros de su armazón hundida quedó sepultado un nombre: Donoso Cortés.

El había escrito en su «Ensayo» que «sólo la Iglesia tiene el derecho de afirmar y de negar, y que no hay derecho fuera de ella para afirmar lo que ella niega, para negar lo que ella afirma» (11). No creo que pueda darse proposición más antipositivista. Ahora bien; si el positivismo, por esencia, sentía necesidad acuciante de acabar con la Iglesia, como el obstáculo mayor a su expansión, lo menos que pudo hacer con Donoso, uno de sus más genuinos defensores, fué ignorarlo.

Sobre Donoso pesaban muchas cosas que el positivismo en tensión no podía perdonarle. Entre otras, su defensa del Papa Pío IX, aquel hombre de heróico temple que hubo de huír a Gaeta y vió los Estados Pontificios asaltados por las turbas revolucionarias. El 4 de Enero de 1840, cuando el positivismo político comenzaba la sacrílega expoliación, Donoso Cortés, en un discurso de épica resonancia, pronunciado en el Parlamento español, enalteció la figura del Pontífice. En aquel discurso, dice el historiador Er-

(11) Donoso Cortés: «OBRAS COMPLETAS» de la B. A. C; Tomo II, pág. 369.

nesto Vercesi, se debe vislumbrar la «síntesis del pensamiento del mundo católico en relación con el principado civil de los Papas – mientras Pío IX estaba desterrado en Gaeta» (12).

El 7 de Febrero de 1878 expiraba el Pontífice, denominado «Cruz de Cruce», según la profecía de S. Malaquías. El cardenal camarlengo del Sacro Colegio, Joaquín Pecci, comenzó inmediatamente los preparativos para el cónclave. El día 28 de este mismo mes y año fue elegido Papa el propio camarlengo, a quien se coronó el 3 de mayo y tomó el nombre de León XIII.

¿Mejoró acaso, durante su largo reinado, la situación externa de la Iglesia? Esboecemos siquiera algo de lo que ocurrió en aquella desgraciada etapa histórica en el escenario de las principales naciones europeas. Italia, agitada por la masonería y otras sectas a su servicio, dió tan pocas seguridades al Pontífice, que éste, en varias ocasiones, pensó seriamente abandonar la Ciudad Eterna. Llegó incluso a escribir en este sentido al Emperador Francisco José. La República culminaba en Francia su obra persecutoria con nuevas leyes, que herían la sensibilidad del Santo Padre en lo más vivo de su ser. Alemania, gobernada entonces por el príncipe Otto Bismarck, sufría las embestidas feroces del kulturkampf. Bismarck había leído a Donoso y había acotado algunas de sus frases. Sentía por él muy poca simpatía; pero al mismo tiem-

(12) Ernesto Vercesi: «PIO IX». Barcelona 1953; pág. 101.

po profesaba un gran respeto a su talento y a su visión política. Bélgica, en manos de sectarios anticatólicos, seguía una trayectoria de apostasía y de impiedad. Inglaterra, sumergida en su crudo anglicanismo, no era ciertamente campo abonado para hacerse ilusiones en pro de movimientos restauradores.

Si así estaba de obscuro el panorama político, no lo era menos el horizonte cultural. Un discípulo aventajado de Augusto Comte, Ernesto Renán, publica en 1863 una «Vida de Jesucristo» de hondo matiz racionalista, que alcanza éxitos insospechados. El positivismo imperante da calor a este apóstata, que pretende nada más y nada menos, que destruir los fundamentos racionales de la fe, con sus obras de tipo histórico y exegético, en las que impera un esteticismo científico completamente ateo.

Antes, en 1859, otro positivista, Darwin, había publicado «El origen de las especies», y posteriormente, en 1871, «La descendencia del hombre». La materia lo era todo; lo explicaba todo. La razón significaba la luz. Las tinieblas estaban representadas por la fe. ¿Quién, en un ambiente cultural como éste, osaría desempolvar a Donoso, cuya preterición se debía precisamente a las nuevas ideas en boga?

¿Es posible que ante este panorama internacional, triste, desolador, agobiante, tanto en lo cultural como en lo político, busquemos razones a la inadvertencia temporal en que su nombre quedó sumido, tras su resonante éxito europeo, en vez de señalar la única la poderosa, la eficiente razón medular?

Donoso muere en 1853, cuando el positivismo avanza arrollador por los campos de Europa. En un ambiente de absoluto materialismo, su recuerdo hubo de perderse. Interesaba mucho que su nombre permaneciese oculto por los estudiosos. Y así ocurrió hasta muy entrado el siglo XX. En su misma patria sólo lo comprendió el carlismo; pero sin dejar de someterlo a sus luchas partidistas, con lo cual minimizó su figura. Los liberales, si alguna vez se acordaron de él, fué para verter sobre su memoria el veneno de la estupidez que los caracterizó siempre. Así, por ejemplo, don Modesto Lafuente, en su monumental «Historia de España», habla de los disparates escritos por Donoso Cortés, si bien concede que el «Ensayo» es un precioso libro de entretenimiento (13). Tampoco los moderados y conservadores, inficionados de positivismo, lograron entender a Donoso. El propio Cánovas del Castillo, fautor de la gran obra restauradora en la España del siglo XIX, miró con recelo a Valdegamas y no pronunció su nombre con cordialidad. Es que su tiempo no había llegado. ¿Cabría, finalmente, esperar del empaquetado sectarismo, torpe y soez, de los krausistas españoles, un solo recuerdo amable para él? Quizá al posar su vista alguno de ellos sobre el «Ensayo» se le ocurriría pensar que el autor de aquel libro incomprendido había

(13) Gabriel de Armas: «DONOSO CORTÉS». Ediciones «Calamo»; Madrid, 1953; pág. 20.

Donoso muere en 1853, cuando el positivismo avanza arrollador por los campos de Europa. En un ambiente de absoluto materialismo, su recuerdo hubo de perderse. Interesaba mucho que su nombre permaneciese oculto por los estudiosos. Y así ocurrió hasta muy entrado el siglo XX. En su misma patria sólo lo comprendió el carlismo; pero sin dejar de someterlo a sus luchas partidistas, con lo cual minimizó su figura. Los liberales, si alguna vez se acordaron de él, fué para verter sobre su memoria el veneno de la estupidez que los caracterizó siempre. Así, por ejemplo, don Modesto Lafuente, en su monumental «Historia de España», habla de los disparates escritos por Donoso Cortés, si bien concede que el «Ensayo» es un precioso libro de entretenimiento (13). Tampoco los moderados y conservadores, inficionados de positivismo, lograron entender a Donoso. El propio Cánovas del Castillo, fautor de la gran obra restauradora en la España del siglo XIX, miró con recelo a Valdegamas y no pronunció su nombre con cordialidad. Es que su tiempo no había llegado. ¿Cabía, finalmente, esperar del empaquetado sectarismo, torpe y soez, de los krausistas españoles, un solo recuerdo amable para él?. Quizá al posar su vista alguno dé ellos sobre el «Ensayo» se le ocurriría pensar que el autor de aquel libro incomprendido había

(13) Gabriel de Armas: «DONOSO CORTÉS». Ediciones «Calamo»; Madrid, 1953; pág. 20.

militado entre los suyos y traicionó posteriormente su pensamiento. Con toda seguridad, de haber estado Donoso presente, hubiera respondido con frase análoga a aquella enérgica que otro gran tradicionalista español, Ramiro de Maeztu, lanzó a un miliciano rojo que le echó en cara su supuesta traición: «¡Mentira! Jamás resistiría yo la vergüenza de haber sido de los vuestros!». (*)

(*) Al mencionar el nombre de Ramiro de Maeztu, no queremos omitir el de nuestro entrañable compañero y amigo Vicente Marrero, escritor canario, cuya reciente obra, «Maeztu», ha constituido un resonante éxito. En esta obra se alude también al «silenciado» don Ramiro y a las causas que han originado esta extraña situación. Al escribir yo una elogiosa recensión de esta obra y deternerme en punto tan crucial publiqué los siguientes párrafos cuya reproducción estimo oportuna, por la relación que ambos «olvidos» puedan tener en su origen y para que, de una vez, no nos llevemos a engaño:

«Tengo en mi biblioteca un libro titulado «Escritores y Pueblo». Su autor, Alfredo Pina. Es un cuaderno de «cultura popular», editado en 1930. En él se hace un estudio de la Generación del 98. Al enfrentarse con la figura de Maeztu, se la maltrata a conciencia. «En otro tiempo, dice el Sr. Pina, publicó libros que no carecían de valor»... «Su desdichada labor periodística de estos últimos años y su colaboración con un Gobierno tan grotesco y funesto como el que acaba de fenecer, le han traído el olvido de los hombres sinceros... ¡Triste gloria la gloria de don Ramiro!».

«A confesión de parte, como decimos los juristas, relevación de prueba. Sólo que el Sr. Pina usa impropriamente la palabra olvido: no fue olvido, no, lo que Maeztu se ganó de «los hombres sinceros»... Fue un silencio estudiado, simulador de olvido. Olvidarlo, no lo olvidaron. ¡Quia! Por eso lo sacrificaron como «un cordero pasual» cuando les llegó el momento oportuno.

V

«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (14), afirmó el Señor en su maravilloso Sermón del Monte. La persecución no se manifiesta exclusivamente por una acción directa contra la vida, el honor y la dignidad del perseguido. A veces, los perseguidores revisten su odio de formas más sagaces, menos picudas. Matan las aristas, redondean morosamente todos los bordes, liman los contornos de cualquier aspereza. Esta persecución, enguantada y cortés, no clama, no se excita, no vocifera, domina sus violencias y se torna aparentemente apacible. No obstante, sigue irreductible y cruel en su estudiada frialdad. ¿Quién, por ventura, no ha presen-

«Y sería curioso, querido Vicente — te brindo la idea —, realizar un estudio para poner ~~de~~ relieve (¡sinceridad izquierdista!) cómo a medida que el nombre de Maeztu se eclipsaba en el mundo intelectual, debido a su colaboración con el General Primo de Rivera, la figura de Unamuno acrecía su prestigio «filosófico» con una literatura soez, de gamberrismo en acción, torpe y sucia, que lanzaba su pluma contra el Dictador. Su obra «De Fuerteventura a París» es una buena muestra de cuanto digo».

(14) S. Mateo: V. 10

ciado alguna vez, de una u otra forma, la persecución del silencio contra un sujeto que no merecía ser silenciado?

Este fué, y no otro, el método persecutorio que el positivismo supo elegir para clavar el nombre de Donoso Cortés en el ostracismo. Su olvido circunstancial, por consiguiente, constituye su mayor timbre de gloria. Pero de esta muerte aparente había de resucitar, un día, con más pujanza y esplendor.

Mas, para que adviniese la resurrección, era presupuesto obligado la llegada del anunciado diluvio. Donoso, en uno de sus geniales atisbos, había escrito: «...mi libro ha salido a la luz fuera de tiempo; ha salido antes, y debía haber salido después del diluvio. En el diluvio se ahogarán todos menos yo, es decir, las doctrinas de todos menos las mías. Mi gran época no ha llegado, pero va a llegar. Ya verá usted qué naufragio y cómo todos los náufragos buscan refugio en el puerto» (15).

Naufragó, efectivamente, la razón humana, con su desprecio de la metafísica, de la teología, de Dios. Naufragó el positivismo, al convertir el Derecho «en un desnudo fenómeno fáctico, sometido inexorablemente a las condiciones y vaivenes del tiempo» (16). Odiada la Ley Eterna, razón última y medular de

(15) Donoso Cortés: «OBRAS COMPLETAS» de la B. A. C.; Tomo II, pág. 578.

(16) Gabriel del Estal: «LO JURIDICO Y LO METAJURIDICO». «LA CIUDAD DE DIOS» núms. 1-3 de 1953.

todo lo jurídico, el Derecho quedó circunscrito a un elemento de fuerza material. Unas veces, representada esta fuerza por el número que implanta su querer y lo hace norma legal, como sucede en el liberalismo democrático; otras, a la voluntad decisionista de un jefe indiscutible, como sucede en el totalitarismo. Ambos sistemas, que han conducido al mundo, en un peligroso movimiento pendular, desde la demagogia hasta el despotismo, son informados por criterios empíricos de corte positivista.

De los peligros del despotismo y de la demagogia habló Donoso con reiteración. En el uno y en la otra vió las señales más evidentes de la descristianización de su tiempo. «Dos cosas, dice, son de todo punto imposibles en una sociedad verdaderamente católica: el despotismo y las revoluciones» (17). Despótico, unas veces, el positivismo; otras, demagógico y revolucionario; siempre irreductible enemigo del cristianismo, ha visto llegado el momento de su desprestigio, mientras amplias corrientes de espiritualidad olean, a Dios gracias, los ambientes culturales.

(17) Donoso Cortés: «OBRAS COMPLETAS» de la B. A. C.; Tomo II; pág. 360.

VI

Dos condiciones supervaloran, por consiguiente, en la actualidad, el nombre de Donoso Cortés. De un lado, la vuelta del estudioso del Derecho al «iusnaturalismo», elemento indispensable en cualquier intento de Restauración. De otro, las consecuencias nefastas que el positivismo produjo, atisbadas por su genio con un siglo de antelación.

Veamos algún ejemplo.

El año 1917, con la forzosa abdicación del último de los Romanof, advino a la nación más extensa de Europa, Rusia, la llamada dictadura del proletariado. Lenín y Trotski lograron sofocar en sangre cuantos intentos hubo de salvar la nación, por parte de algunos elementos que pertenecieron al desarticulado ejército imperial. La revolución siguió sus pasos; y sus repercusiones fueron y son tan hondas, que en estos mismos días constituyen, sin duda alguna, una alarma latente para nuestra civilización.

Predecir en 1850 lo que Rusia había de ser en 1917, es algo que estaba reservado exclusivamente a la sagacidad penetrante de algún espíritu no corriente, extraordinario. Otear, con certeza en el futuro, no es dado al común de los mortales. ¿No es ésta una de las razones por las que, a veces, los genios

mueren en absoluto aislamiento, incomprensidos, cuando no burlados?

Los tontos, cuyo número es infinito al decir de la Sagrada Escritura (18), ni pueden seguir generalmente el vigoroso raciocinio del observador talentado, ni menos percatarse de la intuición clarividente del hombre genial.

En 1850, Rusia vivía confiada ¿por qué no? en la fastuosa corte de sus zares. Ni el menor atisbo de temor a un futuro tenebroso, empañaba entonces la brillantez deslumbradora de sus oropeles. No obstante, un español, Donoso Cortés, lanzaba al mundo su grito de alarma. En su famoso discurso sobre Europa, pronunciado en el Parlamento, en 30 de Enero de aquel año, afirma categóricamente: «La Rusia no tardará en caer en putrefacción; entonces, señores, no sé yo cuál será el cauterio universal que tenga Dios preparado para aquella universal podredumbre» (19).

Presentía Donoso que él, desde luego, no habría de ver la hecatombe anunciada. Rusia, sí, caería en putrefacción; mas para que llegara a un dominio total sobre Europa, habrían de cumplirse tres requisitos o acontecimientos necesarios: 1.º) la disolución de los ejércitos permanentes por obra de la

(18) Eclesiastes: 1, 15

(19) Donoso Cortés; «OBRAS COMPLETAS» de la B. A. C; Tomo II, pág. 311.

revolución; 2.º) la extinción del patriotismo por causa de la socialización de la propiedad y 3.º) la unión de los pueblos esclavones bajo la influencia y el protectorado de Rusia.

Claro está que dicho esto así, en 1850, bien pudo dar lugar a los comentarios más o menos sarcásticos de aquellos escritores que, faltos de otras virtudes, propenden siempre a despertar la hilaridad en el gran número de los mentecatos. Pero leído en 1954 y contrastado con la realidad de los hechos que estamos viviendo, no hay espíritu por frívolo que sea, que no se sienta sobrecogido ante la intuición del pensador español.

Téngase en cuenta, a este respecto, que en 1850, aun Europa sabía exaltar el poder de la nobleza militar. Apenas había comenzado a romperse el equilibrio que Metternich, amigo personal y admirador de Donoso, construyera artificiosamente en el Congreso de Viena. Tampoco el socialismo había rebasado el calor de la primera hora. Junto al manifiesto comunista de Marx y Engels, de 1847, sólo Proudhon, como hemos dicho ya, con su impetuosidad revolucionaria, alcanzaba talla de gran ideólogo. Finalmente, nada es más cierto que si Rusia, bajo la dominación del imperialismo zarista, dejó entrever sus codiciosas fauces, jamás declaró que ambicionara tener a todas las razas esclavonas bajo su férula.

En 1954 el panorama es otro, sin embargo. Para nadie es extraño que las fuerzas antimilitaristas, en connivencia con el poder soterrado de las logias

masónicas, han ido lentamente minando la textura de los ejércitos nacionales, hasta triturarlos. Europa, hoy desguarnecida, dirige su mirada suplicante hacia América, perdida la fe en sus propias posibilidades. De otro lado, surgen los absorbentes nacionalismos, como déspotas gigantestos, despojadores de la dignidad humana, detractores de la personalidad, en lo que ella tiene de más noble y excelsa. Mientras se han segado brutalmente todas las fuentes de energía que emergen de la vida privada, un derecho público omnipresente, omnipotente, inexorable, ha integrado en sí todas las fuerzas creadoras. El ciudadano ha pensado en la emigración, como una esperanza liberadora. Esperanza, al fin, de bienestar individual, egoísta, lejos del solar común que desea ignorarse, donde el patriotismo, que es esencialmente solidaridad, consorcio, comunión, sufre, languidece y muere. Por último, en cuanto a la unión de los pueblos esclavones bajo la influencia y el protectorado de Rusia, consideremos lo que, por obra de la política internacional llena de absurdos y torpezas, ha sido de la mayor parte de los búlgaros, de los servo-croatas, de los serbios, de los húngaros, de los polacos, de los checos, de los moravos...

¿Se han cumplido, o no, los tres requisitos señalados por Donoso, en 1850, para que sonara en el reloj de las tiempos la hora de Rusia?

VII

He aquí, pues, la etiología del resurgimiento donosiano. Dos factores convergentes, como hemos dicho la han condicionado: a) la angustia del hombre europeo, transido de dolor, derrotado, impotente, sin fe; b) el clamor de los estudiosos que vuelven sus ojos al Derecho Natural proscrito por el positivismo. El primero, víctima de la gran catástrofe vivida, siente en su alma el acuciante anhelo de ir en busca del espíritu. Los segundos, extraen del rico venero donosiano esperanzadoras doctrinas y lecciones saludables.

El mundo del Derecho, que ha de informar con sus esencias la vida humana de relación, tras el fracaso del positivismo, se siente otra vez ligado al orden moral, convencido de que jamás debió desvincularse del mismo. Mientras, el campo cultural se ve transverberado por suaves corrientes que fluyen, a borbotones, del «iusnaturalismo» cristiano. En esta empresa formidable de regeneración, auténticamente restauradora, la presencia de Donoso Cortés se ha hecho indispensable.

Unas veces, serán los epígonos del movimiento cultural contemporáneo los que acudan a él en busca de la cita precisa y del concepto exacto, para el es-

tudio y resolución del problema que les preocupa. Desde el extranjero, como en su tiempo lo estudiaran Montalembert, Veuillot, Ranke, Schelling y Guizot, ahora lo redescubren Carl Schmitt, Edmundo Schramm, Bela Menczer, Alberto Mayer, Alois Dempf, Westemeyer, Garrigou-Lagrange...

Por lo que respecta a España, la bibliografía donosiana actual cuenta con nombres tan representativos como los de Francisco Elías de Tajada, Calvo Serer, Eduardo Aunós, Corts Grau, José Pemartín, Eugenio Vegas, José Larraz, José María Pemán, López Amo, Suárez Verdaguer, Medina Gata, Galindo Herrero, Tovar, Francisco Javier de Silió, Díez del Corral, Sevilla Andrés, Eugenio D'Ors, Ramón Ceñal, Iriarte, Vázquez Doderó... (*)

(*) Nuevas plumas ágiles y agudas, con ocasión del Centenario de la muerte del Marqués de Valdegamas, han perfilado semblanzas y publicado trabajos meritísimos, dignos de engrosar la bibliografía donosiana. Así entre otros, el excelente escritor Gonzalo Fernández de la Mora, Leopoldo Eulogio Palacios, José Yanguas Messía, Luis Doreste Silva, Juan Alonso Vega, José María García Escudero, Francisco de Gomis, Pedro Caba, Manuel Fraga Iribarne, Luis Ortiz y Estrada, Herminio Pinilla, García Figar, Marsal de Figuerosa, Eugenio García Luengo, Fernando Serrano, Luis Creus Vidal, Francisco Canals Vidal, Ignacio Arenillas de Chaves, Angel María Arconada, Fernández y Fernández, María Luisa Mellado, Andrés Calderón Rodríguez, Francisca Donoso Cortés, Vázquez de Mondragón, Santiago González Murillo, Muñoz Gallardo, Ernesto Juan Pulido...

La Comisión Regional Organizadora del homenaje a Donoso

Otras veces, serán los gobernantes los que habrán de invocar su nombre y orientarán sus decisiones en el hontanar político de Valdegamas. En su tiempo lo hicieron Metternich, Napoleón III, Federico Guillermo IV; y hasta Bismarck tomó buena nota de sus impresiones. Hoy, en nuestro tiempo, ha sido el Jefe del Estado Español quien, en un mensaje a las

Cortés de Badajoz, con ocasión de su Centenario, convocó dos con cursos nacionales: uno monográfico y otro periodístico.

En el concurso monográfico obtuvieron los primeros premios:

D. Santiago Galindo Herrero, con su trabajo «Donoso Cortés y su teoría política»; y D. Bernardo G. Monsegú con su trabajo «Clave teológica de la historia según Donoso Cortés».

En el concurso periodístico triunfaron:

Con el primer premio, el autor de este estudio.

Con el segundo, D. Antonio Vaca de Osma, con su artículo «Europa 1853 o Europa 1954», publicado en «Ya» de Madrid, el 22 de Marzo de 1954.

Con el tercero, D. Miguel García de la Mora, con su artículo «Donoso Cortés o la integridad», publicado en «Hoy» de Badajoz, el 25 de Febrero de 1954.

Es especialmente digna de mención la revista catalana «Cristiandad», por su reiterado esfuerzo en exaltar las ideas renovadoras de Donoso, a la par que arraigadamente tradicionales. Y es de lamentar, muy de veras, que revistas de la significación de «Ecclesia» y de «Razón y Fe», por citar solo dos ejemplos, hayan dedicado al insigne apologista español solamente un artículo durante el transcurso de su Centenario.

No obstante, la primera de dichas revistas fue advertida por mí de su incomprensible evasión de un acontecimiento que tanto le debió atañer. En 24 de Abril de 1953 dirigí al Sr. Director una carta de la que copio los siguientes párrafos:

Cortes (20), con ocasión de la firma del concordato entre la Santa Sede y España, esgrimió el nombre de Donoso, reajustando su valor de gran figura del Tradicionalismo español, en cuya doctrina política se hallan, bien firmes, precisos y claros, los sillares del Derecho Público Cristiano.

Frente a los exagerados optimismos y a los pesimismo eunucos, el observador equilibrado que llega, sin estrabismo, a este perihelio que es la se-

«Estamos ya casi traspasando el umbral del primer Centenario de la muerte de Donoso Cortés – el día 3 de Mayo próximo hará justamente cien años de su muerte –, sin que, hasta el presente, hayamos leído algo siquiera, en la magnífica revista «Ecclesia», de su digna dirección, relativo a este acontecimiento cultural, que no puede pasar desapercibido para los católicos españoles.

«De notar es, sin embargo, que hemos visto, muy complacidos, cómo otras publicaciones vienen, desde hace algún tiempo, alentando este Centenario, con la inserción en sus páginas de notables artículos y trabajos de prestigiosas firmas.

«Es evidente de todo punto que la vida y la obra del insigne Marqués de Valdegamas – uno de los mayores genios del siglo XIX – no pueden ser comprendidas, ni tienen razón de ser, sino a través de una concepción netamente cristiana del hombre. Del hombre sobrenaturalizado, cuya alma vibra en tensión proselitista, sin la cual el verdadero apóstol no puede concebirse.

«Pues bien; oportuna e importunamente, como diría San Pablo, frente a los poderosos del mundo, la voz de Donoso clamó y no cesó jamás. Y su clamor ha sido tan intenso, que ha llegado hasta nuestros días envuelto en aquellas terribles realidades que la intuición de su genio cristiano supo prever mejor que nadie.

«Pero es más. Yo creo que la propia Acción Católica Española tiene motivos suficientes para conmemorar este glorioso Centenario,

gunda mitad del siglo XX, no ha dejado de otear, en el panorama de la cultura, una como nostalgia de los principios civilizadores del cristianismo. Principios civilizadores que Donoso circunscribía funda-

con el relieve y el brillo que el mismo merece. No puede olvidarse que precisamente fue, bajo el Pontificado de Pío IX, cuando comenzó a organizarse este gran movimiento apostólico de vanguardia en la Iglesia de Cristo, que conocemos hoy con el nombre de Acción Católica. Donoso Cortés fue un aguerrido defensor del Pontífice y amigo personal suyo. El pensador español llegó incluso a ser consultado por el Cardenal Fornari, en nombre de Pío IX, cuando éste pensó publicar «El Syllabus». Fue, pues, Donoso, como un gran precursor del apostolado seglar. Unido íntimamente a la Jerarquía suprema de la Iglesia, procuró ser luz del mundo y sal de la tierra.

«Más aún. Si la obra del Marqués de Valdegamas es obra fundamentalmente apostólica, su vida personal no lo es menos. Ahora comienza a hablarse, de nuevo, de la gran santidad de Donoso Cortés. Los últimos años de su corta y fecunda vida fueron de una edificante y ejemplar madurez espiritual. Caritativo y limosnero, hombre de mortificación y de oración continua, maceró sus carnes con cilicios y enjugó cuantas lágrimas pudo en los desamparados. Su santa muerte fue la coronación de su vida santa.

«Termino, Sr. Director, suplicando que sea «Ecclesia» portavoz de una gran campaña nacional – aunadora de todos los esfuerzos de las entidades católicas de seglares españoles –, para difundir el pensamiento y la vida de este eximio español, que supo llevar a la sociología y a la política, a la literatura y a la filosofía, al arte y a la cultura, el aliento fecundo de su cristianismo práctico y operante».

En fecha 28 de Abril de 1953 recibí una carta del Sr. Director

(20) FRANCISCO FRANCO: «MENSAJE A LAS CORTES ESPAÑOLAS» Ecclesia núm. 642 de 31 de Octubre de 1953.

mentalmente a tres: hacer de la autoridad una cosa inviolable, hacer de la obediencia una cosa santa y hacer de la caridad una cosa divina (21).

Cansado de anarquía, ahito de sediciones, asqueado de odios, es indudable que el pensamiento de los mejores vuelve por Donoso, al regresar humildemente a Dios.

de «Ecclesia» en los siguientes términos: «He recibido su amable carta de fecha 24 de Abril, y le agradezco su sugerencia sobre trabajos que se ocupen de la labor de Donoso Cortés, a quien, en efecto, tanto debe España. Nos ocuparemos de ese tema con la amplitud que tal figura merece».

Por lo visto tal figura no mereció más que un solo artículo publicado en 30 de Mayo de 1953, del que es autor José Luis Vázquez Dodero.

(21) Donoso Cortés: «OBRAS COMPLETAS» de la B. A. C; Tomo II pág. 313.

**SE IMPRIMIO ESTE LIBRO
EN EL MES DE MAYO DE 1956
EN LA IMPRENTA «LEZCANO»
Paseo de Tomás Morales, 17
LAS PALMAS**